

Las paraules de saviesa de Eduard Valentí
(«La Vanguardia», 28-II-1976)

Francisco Rico - UAB

En unas celebradas lecciones de Oxford, en 1861, Matthew Arnold se preguntaba quién podría ser el juez adecuado para dictaminar si una traducción se ceñía al lenguaje brioso y “*eminently noble*” de Homero; y respondía, perfectamente serio, que la autoridad más capaz para este dictamen era “*the provost of Eton*”. En los tiempos que corren, “*la propositió no deixa de fer un lleuger efecte grotesc. Tingueu en compte, però, que en un país com el nostre, on la tradició té un gruix tan minso (tot i que la invoquen tan sovint), ens és difícil d’imaginar que una tradició (en aquest cas la humanística) arribi a existir en algun lloc amb una vida tan concreta i tangible que pugui encarnar-se en una persona determinada*”. El comentario es de Eduard Valentí y no acaba de parecerme exacto. Pues nada me cuesta concebir que las mejores virtudes de la tradición clásica lleguen a encarnarse tan nítidamente en un individuo (si no en una institución, al estilo del preboste de Eton), como para convertirlo en árbitro indudable de una cuestión donde entren por igual la lengua antigua y la lengua moderna. Pruebas al canto: para el catalán, “*en un país com el nostre*” y en nuestros días, hasta el verano de 1959, un problema similar al propuesto por Arnold debía fallarlo Carles Riba; entre tal momento y el 28 de febrero de 1971, el veredicto correspondía a Eduard Valentí. Hoy hace, pues, cinco años que lo perdimos. La primera memoria suya que guardo es silenciosa, por excepción: el profesor cruza discretamente hacia el despacho mientras en la sala disparatamos unos amigos de la hija mayor. Luego, la imagen de Valentí se me presenta siempre detrás de las palabras: recuerdo las palabras que decía y, en seguida, ellas me devuelven la figura y el gesto. Eran palabras sabias y sabrosas. Explicaba a Lucrecio con una comprensión tan profunda,

que uno iba asintiendo a cada punto y al final descubría que Valentí lo había conducido precisamente a la interpretación contraria a la entonces de moda: era él quien acertaba a iluminar de veras el poema. Ponía una ilusión de hombre maduro –conjugando limpias evocaciones y razones esperanzadas– en discurrir sobre la Universidad Autónoma, *ut dicitur*, cuando queríamos la calidad de la enseñanza no indigna de las aulas en el claustro de Sant Cugat. Lograba conciliar el distanciamiento con la pasión o la zumba, según conviniera, para contar la tragedia de Verdaguer o las desazones barcelonenses de Americo Castro. Y poseía un sentido de la realidad (no le ofenderé llamándolo “común”) tan macizo, tan entero, que en ocasiones, para no desairar al interlocutor, buscaba excusarlo con disfraz de paradoja. Porque convencía sin herir y como sin querer. Alguno se resistirá a creerlo, pero cuando se alzaba las gafas hasta la frente, pedía turno y echaba a hablar, incluso una asamblea de primer curso, en un primer trimestre, hacía caso a las palabras de Valentí.

Aurea dicta “paraules de l’antiga saviesa”... Ese título lleva uno de los volúmenes más hermosos procurados por él, y fueron las suyas palabras de vieja y nueva sabiduría. Quienes no tuvieron el privilegio de escuchárselas (la estupidez culpable impidió demasiado tiempo que sonaran donde se necesitaban más), alcanzarán un eco espléndido en los escritos que nos dejó. Para empezar, antes que otras páginas, yo les remitiría a los estudios reunidos póstumamente bajo la rúbrica de *Els clàssics i la literatura catalana moderna*: ahí aprenderán cuánto valen la filología, la crítica literaria y la historia (la filología, desde luego, en cabeza), si el que las gobierna es un Eduard Valentí. Hoy hace cinco años que lo perdimos: no nos podrán quitar el dolorido sentir.